

El compromiso del exilio republicano en el Congreso por la Libertad de la Cultura y el *ethos* intelectual de hoy

Olga Glondys
oglundys@yahoo.es

La rivalidad entre Estados Unidos y la URSS en el marco de la Guerra Fría conllevó, a lo largo de sus más de cuatro décadas de existencia, una intensa pugna no solo en los ámbitos económico y militar, sino también en el cultural. Así, en la denominada Guerra Fría cultural, Washington y Moscú contrapusieron a una escala jamás vista hasta entonces, en aras de la obtención de la hegemonía ideológica, dos modelos opuestos de sociedad –el hombre libre occidental, heraldo de los valores democráticos y actor activo de la sociedad de consumo, versus el «nuevo hombre soviético», artífice de la victoria sobre el nazismo y hacedor heroico de la construcción colectiva del socialismo–. Las copiosas sumas de dinero invertidas subrepticamente por uno y otro bando, y las numerosas campañas de propaganda y actividades sutiles de influencia desplegadas, posibilitaron una actividad intelectual de dimensiones e intensidad sin precedentes en la historia.

Las dos ideas centrales enarboladas por las retóricas de ambos imperios fueron la libertad, en el caso estadounidense, y la paz, en el soviético. Mas esta vertiente ideológica de la Guerra Fría, lejos de reducirse a debates de salón o acerca de símbolos, acompañó siempre –justificándolas, denunciándolas o encubriéndolas– sangrantes guerras y violentas intervenciones en las soberanías de terceros, además de alimentar la constante amenaza de hecatombe nuclear que pendió sobre la cabeza de la humanidad a lo largo de toda la segunda posguerra.

A tenor de las diversas técnicas de seducción masiva empleadas, ambos imperios supieron valorar en su justa medida la enorme importancia de los intelectuales –los «buenos patriotas», para Estados Unidos; los «ingenieros del alma», para la URSS– en su rol indispensable de pensar, elaborar, articular y ayudar a difundir aquellas ideas, valores y objetivos ideológicos y culturales conformes con sus respectivos intereses nacionales. Esta incuestionable realidad no significa, sin embargo, que puedan equipararse los márgenes de libertad personal de los que

gozaban las vanguardias intelectuales y culturales a uno y otro lado del telón de acero. Las tolerancias eran muy distintas, incomparablemente menores en la URSS y los países sometidos a ella.

A fin de centralizar y coordinar mejor los esfuerzos destinados a abastecer de ideas y de respaldo social trasnacional a los imperios en pugna, nacieron dos organismos internacionales de influencia encubierta, patrocinados de manera inoficial por cada uno de ellos: el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), que contó con una gran involucración de la Central Intelligence Agency (CIA), y el Congreso Mundial por la Paz, sostenido por el Kominform. Las páginas que siguen tratan del primero de ellos –el CLC–, ya que la herencia ideológica del liberalismo de la Guerra Fría continúa siendo, a día de hoy, mucho más relevante que la del comunismo soviético, superada en gran parte por los procesos históricos acaecidos a finales del siglo pasado. Y, por lo que en concreto atañe a la experiencia de los españoles en la Guerra Fría cultural (o ideológica), el tema forzosamente comporta hablar del colectivo de la intelectualidad y la militancia republicana, exponente de las mejores elites españolas del momento y una de las migraciones forzosas más cultas del siglo XX.

EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

El Congreso por la Libertad de la Cultura (1950-1967), pese a lo que denota su nombre, no constituyó ningún tipo de congreso, bien que sí naciera a partir de uno, o, mejor dicho, de una multitudinaria asamblea de intelectuales, celebrada en junio de 1950 en Berlín. Por aquel entonces bajo la ocupación de las fuerzas aliadas, la ciudad no solo evocaba uno de los escenarios más cruentos de la Segunda Guerra Mundial, sino que representaba asimismo la división global Este-Oeste, determinante para la evolución de la situación mundial durante las próximas décadas. Bajo el signo del reciente horror del pasado y de un incierto futuro, se reunieron en ella algunas de las cabezas más ilustres del pensamiento occidental del momento: Arthur Koestler, Karl Jaspers, Ignazio Silone, Bertrand Russell, Jacques Maritain, John Dewey, Raymond Aron, Benedetto Croce o Sidney Hook, por citar tan solo algunos nombres.

La asamblea –constituida para reivindicar y defender las libertades personales y, entre ellas, de forma destacada, las de pensamiento y creación artística y cultural– proclamó en su «Manifiesto a los hombres libres» su propósito de refundar la civilización liberal occidental, devastada por la contienda bélica, el horror del Holocausto y los masivos genocidios perpetrados en el corazón de Europa. Pero la mayor preocupación de los asistentes, así como de sus artífices y patrocinadores financieros en Washington –la Office of Policy Coordination; es decir, el «ala buena» (culto y progresista) de la CIA–, estaba puesta en el presente y el futuro de la realidad global. Consideraban, pues, como su misión primordial en aquellos

momentos obrar en el plano intelectual, ético y político en defensa de la libertad y del individuo, perseguidos por el sistema estalinista, tal como demostraban las noticias cotidianas que llegaban de los dramas acaecidos en Europa del Este (la inauguración de la asamblea coincidió, además, con el estallido de la guerra de Corea, lo que añadió dramatismo y sensación de urgencia a los debates).

El momento no era propicio para los matices y las actitudes indefinidas. El golpe de Estado de 1948 en Checoslovaquia había dejado ya patente que la «hejía», por citar al premio nobel polaco Czesław Miłosz,¹ era impracticable dentro del mundo estalinista. Al mismo tiempo, en el seno de Occidente, desde los salones intelectuales de la izquierda se censuraba a intelectuales antiestalinistas como los británicos Arthur Koestler, con su *El cero y el infinito*, o George Orwell, con *1984*, quienes ponían en cuestión la visión gloriosa del futuro del modelo soviético. La URSS, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, supo explotar magistralmente su *ethos* de potencia antifascista y el agradecimiento generalizado a los pueblos soviéticos por su gran aporte a la derrota del nazismo llegó a posponer un juicio más equilibrado acerca de las exactas temporalidades y particularidades de aquella lucha. Quizá fuera precisamente a causa del heroico compromiso de los pueblos soviéticos contra los fascismos, así como de su gran capacidad de sacrificio, como las primeras denuncias del estalinismo, en occidente, fueron formuladas por los excomunistas, los únicos –según el agente de la CIA encargado de dirigir las operaciones encubiertas en el seno del mundo intelectual, Tom Braden– a quienes, ya en los años cuarenta, les parecía fundamental luchar contra el totalitarismo de Stalin, hecho que igualmente explicaría el papel crucial desempeñado por los intelectuales excomunistas en la fundación del Congreso por la Libertad de la Cultura.

El resultado más espectacular del despliegue de la diplomacia pública encubierta (*covert public diplomacy*) de Washington en el campo ideológico fue esta enorme asociación de intelectuales que mantuvo su actividad, entre 1950 y 1967, en 35 países, a través de un sinnúmero de iniciativas en el mundo intelectual y cultural, del patrocinio de numerosas publicaciones y de la edición directa de decenas de magazines de prestigio. El año 1967 marca el final de esta gigantesca operación encubierta de la CIA al ser descubierta por la prensa estadounidense la financiación oculta del CLC de los fondos de la Agencia, que aseguraba más de la mitad de su presupuesto global. Con posterioridad al escándalo, será la Fundación Ford –de carácter privado, pero estrechamente vinculada mediante sus directivos al aparato estatal de Washington– la que asegurará la continuidad del organismo después de su conversión en Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, hasta la disolución de esta en 1978.

El Congreso –una verdadera internacional de intelectuales agrupados en contra de la propaganda soviética de la paz y el neutralismo (postura que aspiraba

1. Czesław MIŁOSZ: *Pensamiento cautivo* (traducción de E. Revol), Puerto Rico, La Torre, 1953.

a una equidistancia política hacia ambos imperios, una suerte de tercera vía en un mundo bipolar)– se erigió como un organismo clave, en la segunda gran posguerra, para la promoción del *ethos* antitotalitario. A lo largo de las diferentes fases por las que discurrió la Guerra Fría, el CLC mantendría su propósito de promover activamente una colaboración global de las elites culturales e intelectuales con el fin de contener y combatir las simpatías prosoviéticas latentes en occidente y los países en vías de desarrollo (África, América Latina, Asia...). En los años 1950-1956, el principal blanco concreto de la campaña antineutralista del CLC en Europa fue el filósofo existencialista francés Jean Paul Sartre y su «familia» –los «anti-anticomunistas», según el término acuñado por el filósofo estadounidense Sidney Hook–, reunidos en torno a revistas como *Esprit*, *Les Temps Modernes* o *L'Observateur*, y en este sentido no puede considerarse casual que, tras su asamblea fundacional, la sede del CLC se estableciera en París. Las ideas políticas del influyente grupo encabezado por Sartre y su pareja Simone de Beauvoir representaban, en efecto, un peligro para los intereses estadounidenses en Europa orientados a la creación de una comunidad cultural y política atlántica en la medida en que alentaban la búsqueda de una tercera vía independiente de ambos bloques y equidistante de Washington y Moscú, así como del capitalismo y el comunismo. Por su parte, ni Sartre ni Beauvoir disimulaban su agresividad en contra de los anticomunistas, que fue particularmente virulenta hacia los intelectuales que colaboraban con el Congreso por la Libertad de la Cultura, a quienes llegaban a comparar con los colaboracionistas del régimen nazi. Los despiadados ataques de Sartre y sus seguidores alcanzaron incluso a alguien tan desvinculado del CLC como Albert Camus, o al ya citado Czesław Miłosz, pese a que estos con gran sacrificio y esfuerzo habían pretendido mantenerse independientes de las bipolaridades de la Guerra Fría. La tercera vía parecía, pues, muy difícil de defender también en occidente.

EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL Y EL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Como ya se ha mencionado, la participación española en los trabajos del Congreso se nutrió principalmente de los miembros de la heterodoxa diáspora salida en 1939 del país tras la derrota republicana. Los miembros de dicho exilio resultaban de un gran atractivo para los arquitectos del CLC por varios motivos.

En primer lugar, porque el propio hecho dramático de su exilio posibilitaba que desempeñaran papeles activos en los fenómenos transnacionales de la segunda gran posguerra, lo que devendría impracticable, durante largas décadas, para las escasas elites democráticas españolas del interior.

En segundo lugar, su irrefutable *ethos* antifascista, simbólicamente encarnado en su propio destino vital, les dotaba de una enorme utilidad para liderar las

actividades de influencia destinadas a los países de América Latina, puesto que el poder presentar como portavoces del anticomunismo a exiliados antifranquistas ayudaba a combatir de manera eficaz las suspicacias y los recelos, imperantes en el seno de la izquierda latinoamericana. En otras palabras, el credo antifascista republicano ejercía de aval del mensaje anticomunista que transmitían los organismos de influencia encubierta estadounidense –para el caso, el CLC–, lo que reforzaba de manera muy notable su eficacia en el conjunto de los sectores de la izquierda.

Finalmente, la disposición del colectivo exiliado permitía a los estrategas estadounidenses vinculados al CLC actuar con independencia de las rivalidades existentes entre las elites nacionales de los diferentes países, a la vez que aportar a la actividad del organismo una mayor homogeneidad gracias a las fuertes redes propias del exilio, operativas tanto a nivel local como continental.

Por lo que hace a la identidad política de los exiliados españoles que se integraron en las tareas del Congreso, destaca, ante todo, el grupo formado por varios de los antaño dirigentes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) –Julián Gorkin, Víctor Alba, Enric Adroher Gironella...–, formación cercana ideológicamente al trotskismo, represaliada por el estalinismo durante la Guerra Civil española. Igualmente, fue relevante la participación de socialistas anticomunistas como Luis Araquistáin o Carlos de Baraibar, y de intelectuales liberales como Salvador de Madariaga o Francisco Ayala. El CLC estableció, asimismo, en el ámbito del exilio republicano español, comunicación con otros proyectos liberales, como el de Victoria Kent y su *Ibérica*, importante publicación antifranquista afincada en Nueva York.

Hubo dos principales territorios en los que los colaboradores españoles del CLC se comprometieron activamente. En América Latina las vertientes principales de su trabajo abarcaron la coordinación y la supervisión de las estructuras locales del organismo, además de la edición del magazín en lengua española del Congreso por la Libertad de la Cultura –la revista *Cuadernos*–, publicación de alcance continental, como muy pocas en su época (1953-1965). El exfundador del Partido Comunista de España, «revolucionario profesional» y exlíder del POUM –para entonces ya convertido a un anticomunismo radical–, Julián Gorkin, ocupó la Jefatura de la Secretaría Latinoamericana, además de la dirección de *Cuadernos*, tarea en la que le acompañó otro exmiembro del mismo partido, Ignacio Iglesias, en calidad de secretario de redacción.

Pero donde la aportación de los españoles exiliados resultó decisiva fue en la labor del Congreso en su propia patria. En este terreno, Gorkin, acompañado activamente por Madariaga, dedicó incesantes esfuerzos con vistas a atraer el interés del CLC hacia la difícil y aislada situación de la oposición antifranquista, actuación que resultó determinante para el despliegue de la actividad en el interior del país del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura (1959-1977), destacadísimo núcleo en torno al cual gravitaron, durante décadas,

las elites intelectuales y culturales españolas. Paralelamente, en el marco de una actividad más estrictamente política desarrollada desde Francia, Gorkin, Madariaga, Gironella y el secretario general del Partido Socialista Obrero Español Rodolfo Llopis –con la colaboración de miembros de la Agrupación Socialista Universitaria como Vicente Girbau– devinieron los principales artífices de la mayor asamblea antifranquista de la historia, el Congreso de Múnich de 1962; reunión que –como se ha podido documentar– fue financiada por el Congreso por la Libertad de la Cultura, los sindicatos norteamericanos y el Movimiento Europeo.² Con posterioridad, bajo los auspicios del Centro de Documentación y Estudios de París, afincado en los mismos locales que el CLC, Gorkin publicaría la revista *Mañana. Tribuna de la democracia española* (1965-1966), un relevante medio de comunicación entre la oposición del interior y el exilio, cuyas páginas ofrecerían los primeros análisis en profundidad de la situación real vivida bajo la opresión franquista.

EL MODELO DEL *ETHOS* INTELLECTUAL PROMOVIDO POR EL CONGRESO EN ESPAÑA

Según sus declaraciones públicas, la acción del CLC en España se motivaba por un compromiso de igual contundencia tanto contra el comunismo como contra el franquismo. Sin embargo, de la lectura de los informes internos del organismo se deduce que el despliegue de su acción en el país coincide justamente –finales de los años cincuenta– con una mayor actividad del PCE en su pugna por ocupar la posición hegemónica entre los nuevos grupos de oposición. La actividad del CLC tenía, pues, como su principal objetivo el intento de contrarrestar dicha creciente influencia comunista, así como la oxigenación y formación de las futuras elites culturales y políticas del país brindándoles toda clase de contactos y posibilidades de colaboración con sus homólogos del exterior.

En relación con el modelo del *ethos* intelectual promovido por el CLC, llama la atención la diferencia entre, de un lado, la demonización de los adeptos a la «tercera vía» y la exigencia de un compromiso radical antisoviético –permanentemente presente en la retórica antineutralista empleada por los intelectuales del CLC en los primeros años cincuenta–, y del otro, la búsqueda de la moderación en el programa ideológico dirigido hacia España. En el marco del programa español, bien que, desplegado ya en una fase más relajada de la Guerra Fría, se promocionó así un liberalismo que, contrario a todo tipo de contundencia política, en cierta manera relegó a un segundo plano el imperativo de mantener el

2. Olga GLONDYS: *La Guerra Fría Cultural y el Exilio Republicano Español. «Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura» (1953-1965)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, p. 216.

compromiso radical contra la política del franquismo, en la misma medida que priorizaba ideas como «la reconciliación» y «el diálogo» nacionales.

A tal efecto, para la defensa de los pilares de esa conducta política moderada, como modelo para la oposición antifranquista, desde *Cuadernos* fueron promocionados, en tanto que puntos de apoyo, antecedentes históricos como la herencia de los liberales decimonónicos españoles, las grandes figuras del krausismo o los artífices de la Institución Libre de Enseñanza, de los que se resaltaba su rechazo común a la política militante y a todo tipo de espíritu dogmático. Al mismo tiempo, en los textos de *Cuadernos*, se englobaba bajo el denominador de «liberalismo» a una intelectualidad del interior que, por aquellas fechas, apenas se estaba sumando a la militancia antifranquista. En esta vertiente del trabajo, destaca el apoyo e interés con los que el CLC acogió a los falangistas desilusionados, de los cuales el más importante fue, sin duda, Dionisio Ridruejo, devenido principal colaborador político de Gorkin, a la vez que receptor de becas personales desde París hasta el año 1966. Posiblemente, el afán del CLC era aprovechar políticamente a los exfalangistas en previsión del fundamental papel que podrían llegar a desempeñar en el futuro, debido a su fuerte proyección en la España franquista. Los exfalangistas ofrecían un gran capital simbólico para la causa democrática, de manera similar al que deparaban, en los países de la órbita comunista, los antiguos estalinistas desencantados, cuyas conversiones y confesiones públicas resultaban cruciales para la progresiva toma de conciencia general sobre el aspecto criminal de los regímenes prosoviéticos. De esta manera, el giro de los exfalangistas hacia la disidencia debía ser sostenido y estimulado, a fin de salir al paso de la activa labor de influencia desempeñada hacia el mismo sector tanto por los franquistas como por los comunistas.

En consecuencia, la promoción de la moderación política marcó la línea editorial de *Cuadernos* sostenida por Julián Gorkin hacia España, así como el conjunto de las iniciativas políticas desplegadas por el exilio liberal y el CLC, que contribuyeron a la emergencia de aquellas actitudes y aquellos valores que mejor pudieran contribuir a las necesidades del «diálogo» nacional y «la superación de la tragedia de la Guerra Civil», de cara a las inevitables transformaciones políticas del futuro, con el claro propósito de competir con la política de «reconciliación nacional» llevada a cabo por el PCE. El programa español del CLC se alimentaba de este modo de una corriente surgida de los propios ambientes liberales del exilio, los cuales, a lo largo de los años cincuenta, sostuvieron un fecundo diálogo con la intelectualidad del interior, en el que se tendió a eludir un examen ponderado de las divisiones de antaño, al tiempo que se minimizó las diferencias que separaban a la oposición del interior de la del exilio. Más tarde, los parámetros de colaboración con los sectores del interior, establecidos bajo el signo del liberalismo enarbolado por el CLC, revelaron la pérdida de muchos de los matices originalmente presentes en aquel primigenio diálogo antifranquista, hecho que llegó a suscitar ciertas polémicas hasta entre los sectores liberales de la diáspora.

No obstante, tales prevenciones se interpretaban como irrelevantes frente a la necesidad de mantener esa política de acercamiento en la medida en que contribuía a la caída del régimen franquista, mediante el estímulo de la colaboración de diversos grupos de oposición, en el cuadro de una moderación vacunada contra el comunismo. El precio pagado por el desarrollo de tales políticas pragmáticas era, sin embargo, alto. Así, por ejemplo, si bien es cierto que el profesor exiliado Juan Marichal llegó a agradecer explícitamente a Gorkin el «trabajo indispensable» que estaba realizando *Cuadernos* en favor de la restitución del pensamiento político español liberal, no lo es menos que, pese a sus intentos de precisar, en la revista, el concepto de «liberalismo» y abarcar con él a la diáspora republicana exiliada en tanto que legítima portadora de la herencia liberal española,³ las especificidades de la postura republicana quedarían sepultadas bajo el polvo de la posterior transición.

LA COMUNIDAD INTELECTUAL ENTRE EL ESTE Y EL OESTE

En contraste con el momento actual, cuando somos testigos de una acentuada desconexión entre las elites pensantes de las respectivas sociedades a escala global, y de su muy reducida capacidad para actuar de manera coordinada e influir en la praxis política imperante, el CLC posibilitó en su época ese nexo entre la intelectualidad global y facilitó que se dejara sentir su peso en las agendas oficiales. Además, por lo que atañe al legado ético del Congreso, y pese a ciertas simplificaciones en las que incurrieron intelectuales anticomunistas como Raymond Aron o Arthur Koestler, no dejaban de tener razón al denunciar la casi completa ausencia de crítica, por parte de los progresistas de salón, de la URSS, así como su voluntaria ignorancia de la dramática situación que se vivía tras el telón de acero; silencio y tolerancia que contrastaban llamativamente con sus ataques virulentos contra Estados Unidos. De hecho, dicha actitud no podía ser percibida más que como una traición en toda regla por las pocas elites intelectuales y culturales que habían logrado sobrevivir a las sucesivas hecatombes sociales y políticas padecidas en Europa central y oriental, por cuanto defraudaba su esperanza de recibir de la intelectualidad libre occidental el apoyo y la solidaridad de los que tanto precisaba su penosa situación. De esta manera, la estructura global del CLC, al hacer permeables los diversos campos culturales e intelectuales del mundo, hizo posible el nacimiento de redes que elevarían al máximo nivel la militancia intelectual en la segunda posguerra con vistas a concienciar a occidente, y a buena parte de los países en vía de desarrollo, de la situación que sufrían las sociedades bajo las dictaduras comunistas. En este sentido también, los intelectuales del

3. Juan MARICHAL: «España y las raíces semánticas del liberalismo», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XI (marzo-abril de 1955), pp. 53-60.

Congreso ayudaron a preparar, en el terreno simbólico, cultural y político, la realidad continental de la actual Comunidad Europea de los veintisiete.

Por poner un ejemplo de su actuación, el CLC fue el organismo internacional que más hizo, a nivel mundial, para concienciar sobre la tragedia colectiva que comportó la intervención soviética en Hungría en junio de 1956. Entre otras iniciativas, se realizó la edición de un libro blanco sobre la revuelta húngara, prologado por Salvador de Madariaga y traducido a diversos idiomas, a la vez que *Cuadernos*, bajo la batuta de Gorkin, y que publicó al respecto textos de sus colaboradores más relevantes e informó reiteradamente de las acciones emprendidas por el CLC en tres ámbitos: el humanitario (ayuda a los refugiados), el intelectual y literario (ayuda a los escritores húngaros en el exilio) y el teórico-político (análisis del levantamiento y de sus consecuencias). A todo ello, debe añadirse la acción conjunta de las intelectualidades española y latinoamericana, que se plasmó en la campaña de protesta de los intelectuales de América Latina cuya declaración –contando con la firma de decenas de grandes nombres, encabezados por los premios nobel Gabriela Mistral, Bernardo A. Houssay y Juan Ramón Jiménez, y el violonchelista español exiliado Pau Casals– fue publicada, el 28 de diciembre de 1956, en el *El Diario* de Nueva York, bajo el título «Manifiesto de los intelectuales americanos en defensa de Hungría». Léase en él:

Como escritores, artistas y universitarios, como hombres de América, condenamos la brutal agresión de que ha sido víctima el pueblo de Hungría, y nos dirigimos a nuestros compañeros de [la] Budapest martirizada para decirles que estamos con ellos. Su causa es común a cuantos defienden la dignidad humana como principio de toda justicia. Nos llena de esperanza la actitud de las juventudes que tan ejemplarmente han sellado con su sangre esta verdad. Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer, al estudiante enseñándole a ser libre, porque se le respeta su dignidad. El avasallamiento de Hungría, su destrucción porque ha querido ser libre, marcan un momento simbólico en la definición de nuestro siglo. Digamos a tiempo que estamos por los que quieren ser libres, y movilizemos la opinión de América, de una vez por todas, para que se vea claro que no aceptamos ni la servidumbre de la inteligencia, ni el aniquilamiento de los pueblos libres.

Un comunicado del Comité Ejecutivo del CLC enviado a los intelectuales húngaros decía, por su parte, que su «lucha por la verdad» restablecía «entre ustedes y nosotros la comunidad de valores intelectuales», y ciertamente, a partir de ese momento, el CLC promocionaría los contactos entre los intelectuales y los

hombres de cultura del Este y el Oeste. Para ello, se constituyó un organismo específico, llamado Comité d'Écrivains et d'Éditeurs pour une Entraide Européenne, y posteriormente Fondation pour une Entraide Intellectuelle Européenne, que –dirigidos por el influyente miembro del Secretariado Internacional Konstanty Jelenski, crítico literario y aristócrata polaco–, concedería miles de becas y bolsas de viaje, y llevaría a cabo, durante muchos años (el organismo seguiría activo hasta 1991), el envío de libros y publicaciones tanto a los intelectuales del Este como a la oposición en la península ibérica.

Con todo, a pesar de los repetidos llamamientos a la retirada de las tropas soviéticas de Hungría y los esfuerzos del organismo para que se llevasen a cabo acciones políticas concretas, así como mediaciones ante la URSS, no pudo evitarse la sangrienta represión, que supuso la muerte directa de 15.000 personas, el exilio de 200.000 y las posteriores ejecuciones de 2.000 comunistas, socialistas y estudiantes húngaros. De esta forma, quedó patente que el compromiso radical con la democracia que occidente prácticamente exigía a los pueblos del Este, a través de toda una panoplia de armas no convencionales –recuérdese que, en el caso de Hungría, tuvo especial importancia la propaganda de la sección húngara de Radio Europa Libre al hacer creer a la población que contaría con el apoyo efectivo de las democracias occidentales en sus aspiraciones a la libertad–, no era suficiente para acabar con una dictadura. En cualquier caso, el heroico sacrificio del pueblo húngaro y la crudeza de la represión contribuyeron a preparar un cambio radical de numerosos militantes y simpatizantes comunistas, «compañeros de viaje» o «neutralistas», como el propio Jean Paul Sartre, para muchos de los cuales determinó su absoluto abandono del ideal del comunismo en su realización soviética.

Así, paradójicamente, las transformaciones políticas durante la nueva fase que no tardaría en abrirse de la Guerra Fría –la denominada Coexistencia Pacífica– verían reducir significativamente la necesidad de seguir reivindicando el compromiso antitotalitario y antineutralista. La superación del neutralismo, de un lado, y los nuevos intereses políticos estadounidenses en la era de la coexistencia, del otro, pusieron fin de este modo al debate en el CLC sobre el compromiso y la libertad intelectual frente al totalitarismo. Pronto, el Congreso asumiría una nueva línea ideológica, diseñada entre otros por Daniel Bell, Raymond Aron y Edward Shils, que promovía el consenso liberal en torno a la teoría del «Fin de las Ideologías», al tiempo que, frente al ascenso de las nuevas izquierdas en los años sesenta, asumiría una relajación ideológica que se traduciría en la seducción y la búsqueda del diálogo con las izquierdas marxistas. De manera previsible, dicha desideologización no podía satisfacer a numerosos de los intelectuales, procedentes de las diásporas europeas, que habían aportado su compromiso personal a los ideales anticomunistas del organismo. De hecho, exiliados como Gorkin o Madariaga nunca llegaron a aceptar esa nueva estrategia y retórica del CLC que exigía rebajar la militancia por la libertad de los pueblos oprimidos por los

sistemas comunistas en virtud, simplemente, de los intereses circunstanciales de la evolución política de la Guerra Fría. Como ideólogos que eran, en su consideración intransigente, la nueva política de la URSS no obedecía sino a una nueva fase, más hipócrita, de un conflicto igualmente radical, y el CLC, con su nueva línea –destinada a extender su influencia entre los intelectuales comunistas de detrás del telón de acero o filocomunistas en el resto del mundo–, no hacía más que enturbiar su legado político y ético.

EL *ETHOS* INTELLECTUAL Y LA COMPLEJA RELACIÓN ENTRE EL CONGRESO Y LOS INTELLECTUALES

El *ethos* antiestalinista de los exiliados republicanos hundía sus raíces en las dolorosas experiencias vividas durante la Guerra Civil española y en las decepciones personales deparadas por la praxis política del Kremlin, entre ellas, y no precisamente la menor, el pacto germano-soviético de 1939 que posibilitó el reparto de Polonia y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Tras haber explorado las prácticamente nulas salidas ofrecidas a la causa de la democracia española por parte de los líderes occidentales en la posguerra, algunas individualidades republicanas –guiadas por su preocupación por el destino de su país y del mundo– decidieron aprovechar las plataformas ofrecidas por los grandes organismos internacionales para llevar a cabo sus programas, basados en un sincero compromiso democrático. Su participación en las estructuras y las iniciativas del CLC puede ser interpretada de muchas maneras en función del nivel de profundidad de análisis empleado. Por supuesto, puede verse en ellas, sencillamente, una feliz coincidencia entre sus agendas y prioridades particulares y los objetivos de la política exterior estadounidense. Bajo esta óptica –tal fue la visión expuesta por Peter Coleman en su ya clásica obra–,⁴ la «causa justificada» de la colaboración de estos intelectuales con el CLC habría sido un compromiso genuino con los valores antitotalitarios mientras que el papel de la CIA habría quedado reducido, únicamente, a facilitar dicha lucha en nombre de las causas justas. De hecho, con posterioridad a Coleman, tanto Pierre Grémion⁵ como Frances Stonor Saunders (autora del único libro,⁶ a la vez el más denunciatorio, traducido al español de la bibliografía internacional sobre la actividad del CLC) han coincidido en señalar la amplia autonomía del organismo dentro del complejo entramado político, social, económico y cultural involucrado en la «occidentalización» de la realidad

4. Peter COLEMAN: *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the struggle for the mind of post-war Europe*, Nueva York, Free Press, 1989.

5. Pierre GREMION: *Intelligence de l'anticommunisme: le Congrès pour la Liberté de la Culture à Paris: 1950-1975*, París, Fayard, 1995.

6. Frances Stonor SAUNDERS: *La CIA y la Guerra Fría Cultural* (traducción de R. Fontes), Madrid, Debate, 2001.

global de la posguerra. Además, a la hora de valorar el *ethos* intelectual en referencia al CLC, no debiéramos tampoco olvidar el hecho de que los dos agentes que fueron destinados a supervisar el organismo por parte de la Agencia, Michael Josselson y, luego, John Hunt –intelectuales de gran valía ellos mismos–, gozaron de una amplia libertad en sus tareas, hasta el punto de que Josselson desempeñó un papel cuasi de «agente libre» en su manera de proteger el organismo de las interferencias de la CIA. También la historia de la labor española del CLC sugiere, en efecto, la coincidencia entre las agendas de los intelectuales y los fines de este organismo de influencia, señalada por Hugh Wilford⁷ o Giles Scott-Smith,⁸ según cuyas interpretaciones los intelectuales fueron utilizados por las estructuras de poder hegemónico del mismo modo que ellos mismos utilizaron esas estructuras para llevar a la práctica sus propias prioridades personales.

No obstante, la colaboración de los exiliados republicanos con el Congreso acabaría desembocando en una gran decepción cuando, tras la Revolución Cubana, los republicanos españoles fueron siendo paulatinamente destituidos de todos los cargos de importancia que habían ostentado en las representaciones locales del organismo en América Latina, para dar paso a elementos locales jóvenes, mucho más aptos para implementar la estrategia de la «Apertura a la Izquierda» entonces adoptada por el CLC. Y aunque esa marginación fue de alguna manera compensada, en el caso de Gorkin o Madariaga, con una mayor dedicación a las tareas españolas, también en este terreno dicha colaboración conduciría a su término ante la escasa eficacia de sus propuestas políticas y el hándicap creciente que suponía su propia condición de exiliados, la cual les había mantenido alejados de la patria desde hacía decenios.

Acorde con lo ya señalado, en España, el modelo del *ethos* intelectual promovido por el CLC consistía en la promoción de moderación y de un diálogo racional en el que la crispación y los extremismos políticos brillaran por su ausencia. En el marco de un liberalismo adaptado a las necesidades de la Guerra Fría, los valores de «independencia» y «compromiso» intelectuales se tradujeron, así, en un programa pragmático que apostaría desde el principio por la convivencia, la tolerancia, el espíritu constructivo y la no radicalización. Paradójicamente, la propia dinámica de esa política, desplegada por el CLC para facilitar los diversos diálogos que atravesaban a la mayoría de las fuerzas antifranquistas, haría imposible no abarcar, en el «entendimiento» propuesto, también a los sectores marxistas con los cuales se abría la perspectiva de forjar colaboraciones y pactos estables. Aquel programa basado en diálogos, reuniones, publicaciones y seminarios, nutridos de la filosofía del fin de las ideologías diseñada por los ideólogos del Congreso, por razones obvias dejaría excluido al aparato político del PCE,

7. Hugh WILFORD: *The CIA, the British left and the Cold War: calling the tune?*, Londres, F. Cass, 2003; e ÍD.: *Mighty Wurlitzer: how the CIA played America*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2008.

8. Giles SCOTT-SMITH: *The Politics of Apolitical Culture*, Londres, Routledge, 2002.

aunque no a los propios intelectuales comunistas, puesto que algunos de ellos obtuvieron becas del CLC y colaboraron en sus publicaciones y actividades. Por supuesto, aquellas iniciativas orientadas a unir a los diversos grupos de oposición del interior, sin excluir a los marxistas y en algunos casos, a los comunistas, no podían ser impulsadas por los exiliados anticomunistas españoles que, hasta entonces, habían cargado con el peso de las tareas políticas desplegadas con ayuda del CLC. Así, a mediados de los años sesenta, aquella nueva dinámica de preparación de la transición dejó fuera de juego, por inservible, a los políticos exiliados, quienes perdían sus apoyos en el seno del Congreso, así como por parte de otros organismos involucrados en la Guerra Fría encubierta, como los sindicatos estadounidenses.

Todas estas constataciones conducen a concluir que –tal como sostiene el analista más profundo del CLC, Giles Scott-Smith–, al abordar la compleja relación mantenida entre el Congreso y sus intelectuales, el contexto lo es todo y no resulta legítimo generalizar ninguna interpretación exclusiva acerca de las particularidades de cada caso concreto. Scott-Smith defiende que, en vez de hablar del «liberalismo», en el caso del CLC, debiera hablarse de «liberalismo instrumental»; es decir de aquella estrategia presente en todas las organizaciones sostenidas de manera encubierta por la CIA, que está «preparada para actuar en favor de las libertades democráticas en maneras que podría parecer que socavan esas mismas libertades, pero que se consideran necesarias por la amenaza de la situación de la Guerra Fría».⁹ Ese «liberalismo instrumental» se hallaba supeditado, en última instancia, a los intereses que los diferentes poderes de Washington (en su propia y compleja interdependencia y rivalidad políticas) consideraban prioritarios según la fase concreta de la Guerra Fría. En ese laberíntico tablero de ajedrez, la singularidad del CLC consistía precisamente en utilizar los ideales de la libertad intelectual y la tradicional representación del intelectual comprometido como un recurso ideológico primordial en la confrontación contra la URSS.¹⁰ Y lo extraordinario es que, haciéndolo así, el Congreso escribió algunas de las páginas más relevantes de la vida intelectual de la segunda posguerra.

En suma, sería equivocado y simplista reducir la actividad del Congreso meramente a una operación oculta de la CIA, puesto que, desde el principio, contó con el compromiso incondicional, libremente sentido, de numerosos intelectuales de la época. A tal fin, mantener en secreto la financiación de la operación por parte de la CIA fue un hecho clave, pues solo de tal modo se proyectaba la imagen exterior de autonomía del organismo que posibilitaba la colaboración de aquellos intelectuales que, en virtud de la estima de su independencia, jamás hubieran accedido a prestarla de haberse hecho públicos los lazos con la administración de Washington. A la vez, ese vínculo encubierto permitió utilizar el factor humano

9. Giles SCOTT-SMITH: *The Politics...*, p. 164.

10. *Ibid.*, p. 84.

de lo «auténtico» para desactivar, en aquella época de propaganda política omnipresente, el escepticismo y el recelo con que los diferentes grupos destinatarios acogían a menudo las ideas y los axiomas ideológicos que nacían bajo la égida del CLC. Resulta, pues, clave, en el caso del CLC, no perder jamás de vista su doble origen y su doble naturaleza: por un lado, de organismo resultante de actividades e iniciativas de carácter genuinamente intelectual, pero, a la vez, por el otro, de fruto de una operación encubierta de los servicios de inteligencia estadounidenses. Pero la comprensión de esa ambivalencia del Congreso debe hacerse extensiva no solo al análisis de la propia historia del organismo, sino asimismo a la de cualquiera de sus productos intelectuales o culturales, promocionados o promovidos bajo su patrocinio, de modo que siempre puedan ser consideradas las especificaciones derivadas de las complejas negociaciones entre los intelectuales y el organismo. En fin, ningún análisis serio de la cuestión debiera ignorar el papel enmascarado desempeñado por la CIA, pero tampoco limitar la realidad, viva y contradictoria, del CLC a la condición de mera fachada de la Agencia.

* * *

El legado antitotalitario del Congreso por la Libertad de la Cultura fue evolucionando hacia la corriente de pensamiento del fin de las ideologías, que devino la base ideológica y estratégica de la actuación del organismo durante los años sesenta a modo de foro de debate tendente a propiciar la «convergencia de opinión» tras la bandera declarada del anticomunismo.¹¹ El fin ulterior de esta doctrina –conseguir el consenso hegemónico liberal– modelaría la organización de las estructuras estatales e internacionales en la segunda posguerra mundial, asegurando la estabilidad de las democracias occidentales. Este credo del fin de las ideologías que presidió el trabajo del CLC a nivel global, incluida España, con frecuencia comportaba la relegación de las particularidades locales, lo que en el caso de nuestro país contribuyó a la marginación, durante los años de la transición, de la perspectiva relevante para el republicanismo liberal en los debates acerca de los valores políticos que debían sustentar la nueva España democrática.

El retorno de la memoria, por un lado, y los populismos en alza de hoy, por el otro, no representan más que una natural reacción a que el espacio del consenso antitotalitario y «anti-ideológico» de la segunda posguerra no haya sido cubierto por ninguna teoría hegemónica que consiguiera implicar, de nuevo, activamente a la ciudadanía en el desarrollo de la democracia. La actual crisis del relato liberal¹² posiblemente no puede ser remediada por los numerosos intelectuales de nuestros días, quienes a menudo renuncian a pronunciar ideas que se escapan

11. *Ibid.*, pp. 140-142.

12. Yuval Noah HARARI: *21 lecciones para el siglo XXI* (traducción de J. Ros), Barcelona, Debate, 2018.

de los márgenes de lo políticamente correcto, convirtiéndose, en palabras del ensayista canadiense John Ralston Saul, en traidores a la emoción y esclavos de la servidumbre a la razón.¹³ Como consecuencia, lo que observamos es un creciente vacío originado por una patente desconexión entre las elites intelectuales y las necesidades, incertidumbres y preocupaciones de sus respectivas sociedades. Mientras tanto, el padecimiento social y la confusión generalizadas amenazan con que las sociedades busquen, ineluctablemente, respuestas al vacío axiológico e identitario que las socava, en los fervores, fuertes emociones y supuestas seguridades ofrecidas por las peligrosas fuerzas políticas que crecen con intensidad a ambos lados del Atlántico. Devenido hoy parálisis el consenso de antaño, escaseen en la actualidad las ideas y las herramientas para superar la crisis de la actual democracia liberal, sostenida en la avejentada estructura ideológica y económica, implantada durante el pasado siglo y que resulta cada vez más ajena a las pulsaciones profundas de las sociedades del siglo XXI. Repensar el compromiso intelectual con el afán de aportar ideas y valores profundos capaces de reconectar a las sociedades con sus elites ha devenido, en tal situación, ya no solo necesario, sino la más prioritaria de las urgencias.

13. John RALSTON SAUL: *Los bastardos de Voltaire. La dictadura de la razón en Occidente*, Barcelona, Buenos Aires, etc., Editorial Andrés Bello, 2013. Compárese también el lúcido ensayo de Adam ZAGAJEWSKI: *En defensa del fervor* (traducción de J. Slawomirski y A. Rubió), Barcelona, Quaderns Crema, 2005.

.....
OLGA GLONDYS (Cracovia, 1979) es doctora por la Universidad Autónoma de Barcelona e investigadora Ramón y Cajal en la Universidad Complutense de Madrid. Es especialista en la Guerra Fría cultural (Congreso por la Libertad de la Cultura), así como en la historia intelectual del exilio republicano y de otros exilios europeos.